



LIBROS

El *pequeño París* y la tentación de los paralelos¹

Edgar Celada Q.

Revista Análisis de la

Realidad Nacional / IPNUSAC

Empiezo por agradecer la deferencia del Centro de Estudios Urbanos y Regionales de la Universidad de San Carlos de Guatemala al invitarme a participar en esta presentación, y compartir con colegas profesionales de la ciencia histórica. Historiadores cuyas credenciales académicas superan con creces las de quien les habla. Deferencia, que espero no defraudar y, por el contrario, contribuir con este apunte a motivar la lectura de un estudio de gran valía historiográfica.

El estudio hace un recorrido a lo largo de cerca de medio siglo de la historia de Guatemala, específicamente de la ciudad capital, teniendo como

Presentación del libro

EL PEQUEÑO PARÍS,
de Óscar Peláez Almengor

COMENTAN:
Edgar Celada Q.
Daniilo Dardón
Enrique Gordillo

Martes,
28 de julio de 2020  <https://www.facebook.com/ceurusac>

 **USAC**
TRICENTENARIA
Universidad de San Carlos de Guatemala

1. Texto leído durante la presentación virtual de *El pequeño París*, efectuada el 28 de julio de 2020.

uno de los ejes interpretativos la idea de que con los terremotos de 1917-1918, y la posterior reconstrucción, desaparece la urbe colonial fundada en 1776 pero modernizada en el último tercio del siglo XIX, precisamente en el período en que –no sin una carga de ironía– se le denomina como “la pequeña París”.

El texto tiene tres partes principales, en cada una de las cuales el autor se plantea propósitos diferenciados en la construcción del discurso histórico y su propuesta interpretativa.

Así, se explica que en la primera parte se haga énfasis en la descripción de la ciudad, su topografía, su arquitectura, su estructura social y su entorno natural, a partir de la visión de visitantes extranjeros de la época, cuyos relatos ofrecen percepciones concurrentes y complementarias de la urbe, impregnada todavía de un fuerte como dominante sello colonial.

En esa primera parte, si bien se alude a las obras de modernización y expansión urbana a partir de la revolución “liberal” de 1871 y sobre todo gracias a la bonanza cafetera de finales del siglo XIX, queda claro que el “nuevo sople” insuflado por el auge del cultivo y exportación del aromático, no fue

otra cosa que –según la expresión de Pinto Soria– “un acomodamiento de la vieja matriz colonial a las nuevas exigencias de la época” (Peláez, 2019, página 21).

Dicho en palabras del autor, el desarrollo de las nuevas instituciones impulsadas por el liberalismo triunfante desde 1871, planteó la necesidad de nuevos edificios agregados a la urbe colonial, que empezó a extenderse hacia el sur, el suroriente y el suroccidente del valle.

Pero no se trata de un crecimiento espectacular sino más bien pausado, al ritmo de las variaciones demográficas de una pequeña ciudad con casi 56 mil habitantes en 1880, que 13 años después sólo ha aumentado su población en 12 mil personas, pero que hacia el final del período estudiado ya ha duplicado el número de sus habitantes, que suman 112 mil almas en 1921.

Es un crecimiento urbano y demográfico que deja invariable la estructura social piramidal descrita por H.W. Bates, y que, por consiguiente, no logra superar la sensación de que se trata de una ciudad pobre, sobre todo en las áreas que se van alejando del primer cuadro central. Es esa ciudad, herencia colonial en vías

de lenta modernización, la que será destruida por los terremotos de diciembre de 1917 y enero de 1918.

La descripción de la magnitud del desastre ocupa buena parte del primer capítulo, mientras en la segunda sección del libro se dedica a referir los trabajos de descombramiento y reconstrucción.

Es en esta segunda parte donde se hilvana con finura el argumento de cómo la desatención gubernamental a las necesidades de la población pobre, contrastante con las aparatosas obras de demolición y limpieza de los edificios estatales, contribuye a crear el malestar social que culminará con el derrocamiento del gobierno de Manuel Estrada Cabrera, como resultado de la crisis política de marzo y abril de 1920.

A esos acontecimientos y al efímero gobierno de Carlos Herrera se dedica precisamente la tercera parte del libro, el cual cierra con un breve capítulo de conclusiones, al cual cabe sugerir a los lectores una atención especial.

Estamos hablando de un libro de breves 112 páginas, detrás de las cuales se percibe el paciente trabajo de búsqueda, organización del material historiográfico y

formulación reflexiva de una propuesta de lectura de la historia de la ciudad de Guatemala, en un momento crítico de su, ya para entonces, centenaria historia.

Lo que nos ofrece Óscar Peláez en esas 112 páginas es solamente la porción no sumergida de un enorme témpano de conocimientos, tratamiento crítico de las fuentes, seguimiento de indicios e información pacientemente recuperados y reagrupados, un producto de orfebrería, solo posible en la pasión del historiador consumado que reconocemos en el autor.

Con el ánimo de invitar a adentrarse en esa lectura particular de nuestra historia, me tomo la libertad de hacer algunos apuntes, acudiendo tanto a la obra que comentamos como a otras fuentes pertinentes.

El primero de esos apuntes se refiere a la descripción de la ciudad, que es tanto el escenario como el objeto de estudio al que se dedica Peláez. Es un acierto del autor acudir a las miradas de Henry Walter Bates, Erwin Paul Dieseldorff y Nevin Winter, quienes desde su mirada eurocéntrica externa dejan retratos, contrastantes y complementarios, de esa ciudad en muy lento tránsito de su

matriz colonial hacia una dudosa modernidad, que los “liberales” herederos de Justo Rufino Barrios, llegarían a llamar “París chiquito”.

Por cierto, y permítase una digresión que viene totalmente al caso: aquella comparación de la élite gobernante de hace cien años se reproduce ahora en la mentalidad de al menos una parte de la élite contemporánea, cuando llaman a un sector de la zona 14 capitalina como “pequeño Manhattan”. En cosa de un siglo, para esos nostálgicos, olorosos a perfume oligárquico, Guatemala pasó de ser la “pequeña París” a la muy moderna “little Manhattan”. Vivir para creer...

Pero ¿qué era realmente el “París chiquito”? Así lo describe Federico Gamboa, diplomático y novelista mexicano quien tuvo en suerte ser protagonista de las relaciones del gobierno de su país con el de Estrada Cabrera:

El aspecto general no es seductor: calles rectas, tiradas a cordel, como casi todas las ciudades hispano-americanas; casas bajas de un solo piso, con ventanas enrejadas y techo de tejas. Las casas altas no abundan, al contrario, y aunque esto no sea culpa de los guatemalte-

cos, sino de los temblores, tan frecuentes en todo Centroamérica, el hecho existe y afea la ciudad. Hay cuatro o cinco líneas de tranvías, y como originalidad extraordinaria, carece de coches de plaza... En cambio, no escasean las carretas tiradas por bueyes, lo que contribuye a dar a la ciudad un pintoresco aspecto de aldea enriquecida... (Gamboa, 1922, página 142, las negritas son mías).

La imagen que transmite el autor de Santa es difícil referirla a un año preciso puesto que el libro de memorias del cual fue tomada la cita se publicó en 1922, pero Gamboa estuvo por primera vez en Guatemala en 1888, después tuvo una estadía de cuatro años (de 1899 a 1902) y una tercera en 1910, en las postrimerías del porfiriato.

Una visión bastante más idílica, bajo sospecha de ser financiada por el gobierno de Estrada Cabrera, es la de Charles Pepper, quien en su monografía *Guatemala, el país del futuro*, nos dice en 1906, que

Guatemala, la capital, es la mayor ciudad en América Central. Su emplazamiento es inusualmente saludable, a cinco mil pies sobre el nivel del mar. La ciudad está

situada en una escala espléndida, con muchas finas avenidas y parques. Está mejorando su sistema de tranvías cambiando hacia los movidos por electricidad... (Pepper, 1906, página 11).

Tras de enumerar los edificios públicos “especialmente notables”, esos mismos cuya destrucción por los terremotos y posterior descombramiento reseña Peláez, este viajero nos informa que “algunos de los parques, plazas y vías públicas están adornadas con muy bellas estatuas de mármol o bronce”, entre las cuales menciona las de Cristóbal Colón, J. Rufino Barrios, Miguel García Granados y fray Bartolomé de las Casas (ibídem, pág. 12).

Otro testimonio citable, escrito aún dentro del inmediato postca-brerismo es el de Aldous Huxley, quien visitó el Caribe, Venezuela, Guatemala y México a finales de la década de los 20 del siglo pasado. Concuerta con Gamboa; dice:

La capital es agradable, algo fea, más o menos tan populosa como Norwich, pero más extensa. Los terremotos son frecuentes y, por lo tanto, se acostumbra construir casas de un solo piso. La falta de altura debe ser compensada por

exceso de largo y de ancho; se puede recorrer una distancia sorprendentemente larga sin llegar al límite de esta ciudad de tan solo ciento veinte mil habitantes. En superficie, por lo menos, es una metrópoli (Huxley, s/f, página 66).

Huxley habla de una “aristocracia hispanoamericana local que tiende a mantenerse cerrada en sí misma... Muchos rasgos familiares de la vida colonial se reproducen en Guatemala con fidelidad puntual...” (ibídem)

Estos testimonios de autores o viajeros contemporáneos del liberalismo durante Estrada Cabrera y después de él, se refieren la ciudad como espacio físico o arquitectónico, pero pocos –salvo Huxley– se ocupan del componente socio político. Por eso resulta oportuna la estampa que el entonces aspirante a doctor en Filosofía, y después diplomático estadounidense, Dana Munro, plasmó en 1918 en su tesis doctoral en la Universidad de Pennsylvania. En él no encontraremos una descripción física de la ciudad, pero sí de su clima opresivo; el gobierno, dice

mantiene firme su autoridad por medio de un gran ejército permanente y una fuerza

policial, y verifica rápida y despiadadamente la más mínima manifestación de insatisfacción popular. Un elaborado servicio secreto intenta, con gran éxito, informarse plenamente de todo lo que ocurre en la República. Los supuestos enemigos del partido en el poder son vigilados de cerca, a través de sus vecinos, sus sirvientes, e incluso a través de los miembros de sus propias familias...

Es peligroso expresar una opinión sobre asuntos políticos, incluso en una conversación privada. Gran parte del correo, y especialmente el que proviene del extranjero, se abre y lee en la oficina de correos. Se desaconseja la formación de clubes sociales debido a los posibles resultados políticos, y es imposible para un hombre destacado en los círculos oficiales tener muchos amigos sin despertar desconfianza. Las personas que son sospechosas son encarceladas o restringidas en su libertad, o incluso desaparecen misteriosamente... (Munro, 1918, página 53; traducción libre).

He dejado deliberadamente esa extensa cita en este lugar para de aquí saltar otro asunto que me interesa destacar del libro de Óscar Peláez. Me refiero a cómo se

derrumba la dictadura a pesar del sistema de espionaje mencionado por Munro. Quienes conocimos esa parte de la historia a través de las páginas de *Ecce Pericles*, de Rafael Arévalo Martínez, o *El autócrata*, de Carlos Wyld Ospina, podemos captar la importancia de la conexión que en *El pequeño París* se hace entre el malestar social post terremoto y los acontecimientos políticos de marzo y abril de 1920.

Es verdad que Peláez no llega a abordar la cuestión en los términos en los cuales me refiero a ella, seguramente porque no es el objeto de estudio de su obra. Sin embargo la lectura del libro nos permite ver cómo se gesta un proceso de erosión de la legitimidad del gobierno de Estrada Cabrera, que se derrumba no tanto por el terremoto cuanto por la insensibilidad frente a las demandas ciudadanas no atendidas después de la catástrofe.

Si bien el régimen cafetero-liberal logra recomponerse después de un breve período (precisamente lo que dura el gobierno de Carlos Herrera), no cabe duda que de la pérdida de la legitimidad se pasó a la ingobernabilidad y a la ruptura de la hegemonía del bloque en el poder.

Es precisamente en virtud de ese proceso, en el cual pueden identificarse muchos componentes de una situación revolucionaria, que triunfa un movimiento insurreccional, urbano y policlasista, que no logra consolidarse ni cimentar un proyecto alternativo de nación. Como sabemos, lo que sigue a continuación es la recomposición a partir del golpe de estado encabezado por José María Orellana, en diciembre de 1921.

Si bien esa ya es otra historia, que nos aleja del periodo estudiado por Óscar Peláez en este libro, resulta interesante dejar plantada la provocación de un paralelo histórico entre la restauración neocabrerista, de hace casi cien años, y la que se ha dado en llamar, precisamente, la restauración conservadora luego de la crisis político-institucional de 2015, su prolongación entre 2016 y 2019, y su nuevo capítulo a partir de enero de 2020.

Evito ir más adelante en ese paralelo y en la provocación académica implícita, pero en cambio vinculo de nuevo el presente con el pasado. Me refiero, obviamente, a la actual pandemia y la antecedente de hace 100 años, a la que *El pequeño París* hace puntual referencia. Y precisamente porque resulta muy actual e invita

de nuevo al paralelo histórico, es el caso hacer una cita extensa. Dice Óscar Peláez:

El cuadro de desolación y muerte no estaba completo. En los últimos meses de 1918, las epidemias hicieron su aparición. Primero la fiebre amarilla, cuya trágica secuela se concentró en los departamentos suroccidentales del país. (...) Por fortuna, las medidas tomadas anteriormente por los galenos nacionales habían logrado aislar las zonas contaminadas sometiéndolas a una estricta cuarentena. En segundo lugar, y como producto de una epidemia que se extendió por varios países del mundo, llegó a Guatemala la influenza, proveniente de México, y que rápidamente se extendió por todo el país. En la capital guatemalteca su combate se dificultó debido a lo improvisado y mal construido de las viviendas provisionales en los parques y alrededores de la ciudad. Los campamentos no contaban con las medidas higiénicas necesarias (Peláez, 2019, página 45).

A renglón seguido informa de la muerte de Alvin M. Strusse, presidente del Consejo Superior

de Salubridad y jefe la oficina de la fundación Rockefeller, e inmediatamente escribe algo que podríamos haber leído en cualquier periódico de estos días: el fallecimiento de “médicos guatemaltecos que murieron en el cumplimiento de su deber”.

Ese primer párrafo del segundo capítulo cierra con una afirmación que hoy podría sonar premonitoria: “De esta manera los males que sufrió la población se vieron agravados, acumulando factores de intranquilidad social que posteriormente se manifestarían con toda su fuerza” (ibídem, página 46).

Estoy muy lejos de sugerir que los ecos premonitorios de ese comentario puedan convertirse en una fatalidad histórica. Vivimos tiempos muy distintos a los de hace cien años, pero mal hace un país que se niega a escudriñar en su historia para atisbar lecciones para el presente y el futuro.

Los paralelos que he planteado con un propósito totalmente provocador, ojalá pudieran estimular a nuestras y nuestros

colegas, historiadores y periodistas, a explorar esas vetas. Especialmente la de la epidemia de la mal llamada influenza española. Gracias a la acuciosidad de paisanos residentes en México pude encontrar algunas referencias periodísticas: tres debidas a la no menos acuciosa labor de José Molina Calderón, verdadero decano del periodismo económico nacional en su columna en *Prensa Libre*, y otra más surgida del teclado de Méndez Vides, quien la publicó en *elPeriódico*.

Pero aún hay mucho por hacer en investigación histórica, en particular del período del que se ocupa *El pequeño París*. Y precisamente porque hay todo ese trabajo por delante, debemos congratularnos por esta tercera edición pues aquí se nos muestra el camino, se proponen temas, se ejercitan métodos y se dan lecciones fecundas sobre el tratamiento de las fuentes.

En hora buena para Guatemala, en hora buena para la Universidad de San Carlos y una agradecida congratulación a su autor.



Referencias bibliográficas

- Gamboa, Federico (1922)
Impresiones y recuerdos. México D.F.:
E. Gómez de la Puente, Editor.
- Huynxley, Aldous (S /f.) *Beyond the
Mexique Bay. A Traveller's Journal*.
London: Chatto & Windus.
- Munro, Dana (1918) *The five
republics on Central America. Their
political and economic development
and their relations with the United
States*. New York: Oxford University
Press / University of Pennsylvania.
- Peláez A., Óscar (2019) *El pequeño
París*. 3ª. Edición. Guatemala:
Universidad de San Carlos de
Guatemala, Centro de Estudios
Urbanos y Regionales.
- Pepper, Charles (1906) *Guatemala.
The country of the future. A
monograph*. Washington, D.C.